



El asombro como condición existencial: Una mirada filosófica en torno a los desafíos de la Política Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (CTI) en tiempos del COVID-19

Astonishment as an existential condition: A philosophical look at the challenges of the National Policy of Science, Technology and Innovation (STI) in times of COVID-19

Andino Rojas, Cristian David
ORCID: 0000-0003-1694-8245
andinocrisdav@gmail.com

Universidad Nacional del Este
Centro de Investigaciones en Filosofía y Ciencias Humanas CIF
Paraguay

Resumen

En el presente texto se realiza una contrastación de los documentos oficiales sobre la Política Nacional de Ciencia, Tecnología e innovación (CTI) en el Paraguay, al mismo tiempo en que se plantea una serie de reflexiones en torno al significado de las tecnologías y el rol de las humanidades en el contexto regional y mundial. La vigencia de una pandemia demuestra que el gran desafío actual no es solamente “tecnológico” sino fundamentalmente “humano”. No ha de olvidarse que si la civilización surgió como indica Margaret Mead – no fue por la construcción de ninguna herramienta, sino por el cuidado de la comunidad.

Palabras clave: ciencia, tecnología, innovación, humanidad, utopía, incertidumbre, transmodernidad

Abstract

In this text, a contrast is made of the official documents on the National Policy of Science, Technology and Innovation (STI) in Paraguay, at the same time that a series of reflections on the meaning of technologies and the role of the humanities in the regional and global context. The validity of a pandemic shows that the great current challenge is not only “technological” but fundamentally “human”. It should not be forgotten that if civilization arose as Margaret Mead indicates it was not because of the construction of any tool, but because of the care of the community.

Keywords: science, technology, innovation, humanity, utopia, uncertainty, transmodernity

Introducción

Desde hace miles de años, la especie humana ha sido empujada a postular respuestas a los dilemas fundamentales que, en diversas épocas, han apremiado a su sociedad, mientras que el asombro, como origen del filosofar, ha movido en varias direcciones a generaciones enteras de filósofos desde al menos unos veintiséis siglos.

Una y otra vez, el desafío asumido ha sido el de tratar de mantener la función crítica del pensamiento, la capacidad de la filosofía, que cual búho de Minerva sobrevuela al caer el sol y, desde la generación de una serie de categorías filosóficas — tomadas prestadas de la tradición o reelaboradas en una obra propia— intentan encontrar la explicación (total o parcial) a los fenómenos que se nos presentan, y nos sitúan un poco más allá de lo obvio o del lugar común de referencia.

Pero, ¿cómo acometer hoy esta tarea, más allá de los mencionados lugares comunes, repetidos una y otra vez? ¿Desde qué lugar se puede hablar sobre eventos que claramente nos sobrepasan? ¿Se puede lograr una explicación total de fenómenos de los



que conocemos aún muy poco? ¿Puede la filosofía esclarecer algo acerca de un virus que ha puesto en jaque hasta a los conocimientos científicos de las potencias mundiales?

Quizá la pretensión filosófica debiera ser menor y de lo que se trate, más que intentar eludir lugares comunes, sea simplemente el de esclarecer el lugar hermenéutico y epistémico de enunciación de nuestros respectivos discursos, para aportar nuestro grano de arena a la enorme producción intelectual que se ha generado y se sigue generando en el mundo en estos ya casi dos años de pandemia, desde las que se intentan pensar, diversificadamente, la realidad que nos toca enfrentar.

De este modo, pensar los desafíos actuales de la Política Nacional de Ciencia, Tecnología e innovación (CTI), atendiendo el contexto regional y mundial en el que nos encontramos, supone, en principio una contrastación de los documentos oficiales sobre la temática y, en un segundo momento, plantear una serie de reflexiones en torno al significado de las “tecnologías” en función de lo “humano”.

En ese sentido, el documento sobre *Política Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación* (CTI), 2017-2030 (CONACYT, 2017) asegura que con ello se pretende atender las estrategias identificadas en el *Libro Blanco de los Lineamientos de una Política de CTI en Paraguay*(2014) en el que se indica los lineamientos en cuanto a la generación, aplicación y transmisión del conocimiento como núcleos fundamentales del crecimiento socioeconómico del país mediante la interrelación de tres grandes actores a saber: Gobierno, infraestructura de Ciencia y Tecnología y estructura productiva. (Sábato et Fotana, 1968).

Pero como se afirma en el propio documento, a pesar de que un manifiesto global declara la vigencia de la 4ta revolución industrial, “la ubicuidad de tecnologías hasta hace poco embrionarias, como la biotecnología, la nanotecnología, los nuevos materiales, la apertura de los procesos de innovación a una comunidad mundial de creativos e ingenieros actuando desde sus hogares a través de internet en países como el Paraguay, subsiste la pobreza y la inequidad, alejando a una vasta mayoría de su población de la llamada “sociedad global del conocimiento”. (CONACYT, 2017, p. 4).

De allí que nuestro gran desafío actual no sea solamente “tecnológico” sino fundamentalmente “humano”, pues la promesa del progreso tecno-científico del siglo pasado y de este que vamos transitando fue precisamente la vigencia de una época en la que, el ser humano, elevándose a las alturas inmortales de un dios habría conseguido gracias a la tecnología vencer al hambre, las guerras, las hambrunas y las pestes.

La vigencia de una pandemia como la que seguimos enfrentando pone en el tapete la célebre afirmación de Yuval Harari en su *Homo Deus* (2020) de que es probable que la época en la que la humanidad se hallaba indefensa ante las epidemias naturales haya terminado. Solo una cosa nos puede salvar, la tecnología, se afirma por doquier.

Al respecto, Carrasco-Conde (2020) recuerda que, por mucha confianza que tengamos en la tecnología, no ha de olvidarse que si la civilización surgió –como indica Margaret Mead – no fue por la construcción de ninguna herramienta, sino por el cuidado de la comunidad.

Para Mead, un fémur que presenta la cicatriz de una fractura adecuadamente soldada es la señal que marca el verdadero antes y después de la civilización. Un vestigio del cuidado que alguien dispensó a quien lo necesitaba. Todo avance tecnológico que vino después tuvo como origen reforzar esta actitud humana como ser



social. No es la tecnología en sí misma la que atiende y cuida, sino la tecnología que está al servicio de quien la utiliza: los seres humanos que viven en comunidad.

Así, el grado de civilización –considera Carrasco-Conde– depende del cuidado del nosotros, y no del mero progreso tecnológico, más consagrado por sus malos usos a descuidarnos ya obtener beneficios a costa de nuestra salud que a sanarnos. De hecho, son las sociedades más avanzadas técnica y científicamente las que, al mismo tiempo, en muchas ocasiones han llevado la catástrofe y la muerte a otros pueblos.

Se justifica entonces una aproximación crítica a las políticas de Ciencia Tecnología e Innovación (CTI) en nuestro país en tiempos en que la crisis del COVID 19 sigue sin dar respiro a los sistemas de Ciencia y Tecnología a nivel planetario llevando a una batalla campal entre industrias farmacéuticas por patentar vacunas, a la especulación financiera de trasnacionales y organismos internacionales y una gran incertidumbre generalizada como caldo de cultivo de teorías conspirativas y noticias falsas.

Punto de partida: el asombro del colibrí

Un importante punto de partida de este análisis podría ser el asumir la metáfora del colibrí como símbolo de la filosofía, más allá del tradicional búho de Minerva, ave pequeña del género de las apodiformes, que sale generalmente al medio día a picotear el néctar de las flores de las que se alimenta y que ha servido, desde hace ya algunas décadas como alegoría simbólica de la actividad filosófica en América Latina.

En las últimas décadas, el pensamiento latinoamericano ha impulsado decididamente el rescate de las sabidurías primigenias de los grupos prehispánicos de América, anteriores a la formación de las culturas nacionales. Dicha tarea no ha sido una faena simple, pues ha supuesto una dura labor por transitar un sendero frente a la imposición de posturas epistemológicas cerradas y centradas en una única forma de pensar, según los parámetros epistémicos eurocéntricos. (Ochoa, 2007).

En tales circunstancias, desde numerosos frentes académicos en toda Latinoamérica, se ha reivindicado la urgencia de otorgar un estatuto epistémico a los mitos que componen el imaginario colectivo de muchas culturas milenarias y en nuestro caso, concreto, a la de los grupos guaraníes.

En la filosofía guaraní, por ejemplo, la palabra es un elemento fundamental, ya que, en su mitología, los dioses son padres de *palabras-almas* que, desde sus respectivos cielos, se comunican de ordinario a través del sueño con los seres humanos.

El lenguaje ayuda a pensar la realidad del indígena, a pensarse y a decirse, de tal modo que el tema central de la filosofía guaraní es el “encuentro” con la realidad y, sobre todo, el hacerse cargo de ella. Para el guaraní el lenguaje es inseparable de la realidad, lo que hace que la filosofía guaraní consista en una filosofía de la naturaleza (y del lenguaje al mismo tiempo) referida al modo en que se constituye la realidad.

El símbolo por excelencia de este pensamiento filosófico, ya no puede ser el hegeliano Búho de Minerva, que vuela al atardecer escrutando la oscuridad abstracta, pues el pensamiento guaraní da cuenta de la realidad en cuanto concreta. (Andino, 2019).

Por eso, la figura filosófica simbólica por excelencia en el mundo indígena y en el pensamiento latinoamericano es la del colibrí, que aparece en muchas mitologías del subcontinente. Él no sale de noche, sino que lo hace por lo general al medio día y se alimenta del néctar de las flores, en clara referencia de apropiación, de sentido, de escrutinio de la realidad, de la que recibe su subsistencia.



En el capítulo I del *Ayvu Rapyta* (1997) de León Cadogan aparece el mito de *Maino'irekopykyue* (Las primitivas costumbres del Colibrí), que ofrece el relato del “Génesis Mbyá-guaraní” y en el que *Maino'i* (colibrí) ocupa un lugar destacado. En los párrafos 4 y 5 puede leerse:

4. Yvárapyrekatu

jeguakapoty

ychapy recha.

YváräjeguakápotyMbytérupi

guyrayma, Maino'i,

oveveoikovy.

5. Ñande Ru tenondegua

oyvárareteoguerajerai

javeoikóvy,

yvytuymáireoikooikóvy,

oyvyruparã i oikuaa' eÿ

mboyveojeupe,

o yvarã, o yvyrã

oikopy i va'ekue

oikuaa'eÿmboyve i ojeupe,

Maino'iombojeyurei;

4. De la divina coronilla excelsa las flores

del adorno de plumas eran gotas de rocío.

Por entre medio de las flores del

divino adorno de plumas

el pájaro primigenio, el Colibrí,

volaba, revoloteando.

5. Mientras nuestro Primer Padre

creaba, en curso de su evolución,

su divino cuerpo, existía en medio

de los vientos primigenios:

antes de haber concebido su futura

morada terrenal, antes de haber concebido

su futuro firmamento, su futura tierra

que originariamente surgieron, el

Colibrí le refrescaba la boca;

el que sustentaba a Ñamanduï con

productos del paraíso fue el Colibrí.

Tan central resulta el papel del Colibrí en este mito que se hace depender a la existencia misma de la divinidad de las buenas diligencias de *Maino'i*, quien se encargaba de “refrescar la boca y sustentar con productos del paraíso a Ñamanduï”. Al respecto, el propio Cadogan agrega una nota en la que sostiene que: “en una versión del mito de *Pa'i Rete kuarahy* que he escuchado [...] el creador de esta tierra asume la forma de colibrí y no de *Urukure'a*(búho) para descender a la morada terrenal y engendrar al padre de la raza” (Cadogan, 1997, p. 28).

Es en este sentido que, en la década del 70, el filósofo argentino-mexicano Horacio Cerutti-Guldberg utilizó la figura del Colibrí como metáfora simbólica latinoamericana para explicar la función de la filosofía en nuestro continente, y la contrapuso a dos símbolos que marcan tradiciones y posiciones diferentes. La primera, ya indicada, célebre metáfora del Búho de Minerva propuesta por Hegel, y la segunda, la de la “calandria”, propuesta por el filósofo argentino Arturo Andrés Roig.



Precisamente, en su *Fundamentos de la filosofía del derecho* (1821) puede leerse la muy conocida cita del filósofo alemán:

Por lo demás, para decir aún una palabra sobre su pretensión de *enseñar* cómo debe ser el mundo, la filosofía llega siempre demasiado tarde. Como pensamiento del mundo solo aparece en el tiempo después de que la realidad ha cumplido su proceso de formación y se ha terminado. Lo que enseña el concepto lo muestra necesariamente igual la historia, de modo que solo en la madurez de la realidad aparece lo ideal frente a lo real y se hace cargo de este mundo mismo en su sustancia, erigido en la figura de un reino intelectual. *Cuando la filosofía pinta su gris sobre gris, entonces ha envejecido una figura de la vida y, con gris sobre gris, no se deja rejuvenecer, sino solo conocer; el búho de Minerva solo levanta su vuelo al romper el crepúsculo.* (Hegel, 1993: p.61)

Por su parte, Arturo Andrés Roig en la fundamentación de una *filosofía de la liberación latinoamericana* en contraposición al búho de Minerva hegeliano, que levanta su vuelo al romper el crepúsculo, aseguraba que el símbolo del pensar filosófico latinoamericano debe ser la calandria, que eleva sus cantos a la madrugada. No es un pensar crepuscular sino un pensar matinal.

Respecto a la visión hegeliana de la filosofía, Roig argumenta que en realidad se trata de un “discurso conservador que no expresa lo que ha de realizarse sino lo realizado, y esto porque la estructura real es vista como un ‘resultado’, y sobre todo porque la filosofía se ha declarado impotente en cuanto poder rejuvenecedor, es decir, en cuanto saber de denuncia”. (Roig, 1973, p. 223).

Siguiendo la línea de Roig, con la figura del colibrí Cerutti intenta recuperar la función crítica de la filosofía respecto de la realidad social, e indicar también su carácter abierto desde el punto de vista epistemológico. Al respecto afirma:

La filosofía, según el modelo europeo hegeliano es filosofía crepuscular. Llega a las sobras del proceso histórico. En realidad, es filosofía conservadora, ideología negativa justificatoria que se conecta con la instancia pasada de la temporalidad. Un pensamiento matinal o auroral como propone Roig se nos presenta ligado a la instancia futura de la temporalidad. Nosotros creemos en la necesidad de incorporar a esta filosofía matinal profética, que es auténtica filosofía de la liberación latinoamericana, un nivel ligado al éxtasis presente de la temporalidad. Será el nivel de la filosofía práctica o práxica, filosofía política, si se nos permite seguir con la metáfora: filosofía cenital cuyo símbolo no será ya el búho ni la calandria sino el colibrí. Ave americana que vive en zonas tórridas, donde las flores se abren todo el año con el calor. Rompe con su pico la clausura de la flor. Así también el filósofo político debe romper la clausura del ente en la praxis misma donde adquiere su sentido y debe dejar oír su voz comprometida en el proceso histórico presente. Debe pensar el proceso mismo de quiebra, apertura y cierre de las totalidades dialécticas en el alumbramiento de una nueva etapa antropológica. (Cerutti-Guldberg, 1975, p.58).

A partir de esta precisión inicial sobre la manera de entender el asombro filosófico al que invita el colibrí en esta parte del mundo, se puede seguir revisando las políticas de CTI, los desafíos que supone la pandemia y; sobre todo, sus grandes lecciones de la que debemos aprender si queremos vivir en ese “otro mundo” posible y necesario en el futuro próximo.

Humanizar las tecnologías: ciencia, técnica e incertidumbre

En uno de los apartados de la política de CTI del CONACYT (2017) se afirma que ante los desafíos que plantea el cambio climático, las transformaciones en el orden político y comercial global, la robotización de puestos de trabajo tradicionales, la irrupción de economías cuasi continentales como China e India, existe una necesidad urgente de ampliar la discusión y explorar cómo la creación y uso del conocimiento no



sólo pueden promover el crecimiento económico sino también ayudar a resolver problemas complejos como la lucha contra la pobreza y la exclusión.

En este sentido, el documento refiere que la discusión acerca de la ciencia, tecnología e innovación y sus vínculos con el crecimiento económico no debería ser más que un punto de partida para el diálogo en torno a su contribución a un desarrollo sostenible con mayor justicia social, lo que implica la revisión de las brechas de productividad como un factor crítico para el desempeño económico de los países.

Estudios recientes señalan que una mayor inversión en innovación, en combinación con el desarrollo de actividades complementarias, como la capacitación y el uso de las tecnologías de la información y la comunicación, puede contribuir a acortar las brechas de productividad que separan a los países de la región de aquellos más desarrollados. Si bien el ritmo y la sostenibilidad del crecimiento del Paraguay exhibido durante los últimos años se ve amenazado por factores exógenos, también se debe a factores endógenos, tales como las bajas capacidades empresariales, escasa inversión y fomento de actividades de innovación, las limitadas capacidades institucionales y la heterogeneidad territorial, factores que restringen la ampliación y diversificación de la producción y la oferta exportable. (CONACYT, 2017, p. 5).

En esa línea y atendiendo los desafíos del *Plan Nacional de Desarrollo Paraguay 2030* (PND, 2014), el documento señala que la complejidad de las nuevas oportunidades y desafíos que hoy enfrenta al país en el contexto global y de avances técnicos requiere, en materia de desarrollo de capacidades técnicas y científicas, de políticas e instrumentos, que actúen de manera sistémica y como un mecanismo que articule al Estado, al sector académico y de investigación, con un tejido empresarial más amplio y diverso.

Alcanzar un futuro de mejor convivencia ciudadana en el marco de un crecimiento sostenible y con justicia social a nivel nacional debería ser apenas parte necesaria pero no suficiente dentro de un plan más ambicioso de verdadero protagonismo del Paraguay en un mundo con profundos cambios y grandes desafíos. (Conacyt, 2017, p.7).

De allí se plantea que el fin último de la Política de CTI es contribuir al desarrollo sustentable del Paraguay, tanto en lo económico como en lo social y ambiental y su objetivo general es crear, mantener y aumentar las capacidades nacionales en investigación, desarrollo tecnológico e innovación, para poder apoyar las estrategias competitivas del sector productivo y a las políticas nacionales de desarrollo social, económico y ambiental. (CONACYT, 2017).

Son cinco los objetivos estratégicos en torno a los cuales gira las políticas de CTI de los se desprenden metas específicas:

1. Consolidar una Gobernanza sostenible del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SNCTI) del Paraguay.
 - Lograr una inversión en I+D equivalente al 0,50% del PBI.
2. Desarrollar capacidades nacionales para la generación de conocimiento en ciencia y tecnología.
 - Contar con 1,5 investigadores EJC cada 1000 integrantes de la PEA.
 - Incorporar al menos 150 doctores por millón de habitantes de la PEA
 - Quintuplicar el número de publicaciones científicas por cada 100.000 habitantes
3. Orientar de los conocimientos y capacidades generadas en la I+D a la atención de desafíos económicos, sociales y ambientales del Paraguay.



- Quintuplicar el número de patentes otorgadas a residentes en el país y lograr financiamiento de la I+D por parte del sector empresas equivalente al 35% del total.
- 4. Fortalecer la innovación como base para el desarrollo de ventajas competitivas en el país.
 - Duplicar la participación de productos de media y alta tecnología en la matriz de exportación.
 - 6. Fomentar la apropiación social del conocimiento técnico y científico como factor de desarrollo sostenible.
 - Duplicar los valores de apropiación social de la Ciencia y Tecnología, medidos a través de la Encuesta de Percepción Pública sobre la Ciencia y Tecnología. (CONACYT, 2017, pp.19-26).

Es claro que estamos, entonces, ante la preeminencia de la tecnología como clave para el desarrollo sostenible, más aún en este tiempo de pandemia en que la incertidumbre hace añicos las certezas más profundas y la amenaza de una tercera ola de contagios convive con la necesidad de una inmunización más acelerada de la población y la proliferación de sectores anti vacunas cada vez más radicalizados e irresponsables que esparcen noticias falsas y teorías conspirativas sin ningún sustento científico.

Si todo nuestro empeño está enfocado a fortalecer los sistemas de *Ciencia, Tecnología e Innovación* (CTI), ¿qué le cabe aportar a las humanidades? ¿Si es el despliegue tecnológico el que le hace frente al avance del virus, tiene algo que decir la filosofía? Si actualmente a las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos, ¿qué papel le cabe cumplir a las humanidades?

Una primera intervención humanística irrumpe rápidamente a escena en la reflexión en torno a la tecnopolítica y el necesario análisis del modo en que nuestra realidad social se va configurando por la forma y la ley que le impone el logos de la técnica. Las humanidades deberían llevarnos, en este sentido, a una profunda reflexión que intente desentrañar la realidad de poder e intereses que están por detrás de la técnica.

La pirámide estadística global de la distribución de la riqueza proporcional a la distribución poblacional indica, por ejemplo, que la clase social baja es del 71%; la clase media representa el 21% y la clase alta el 8%. (Credit Suisse, 2015). La pregunta ineludible aquí es la siguiente ¿A qué sector poblacional afectó más la pandemia y a quienes beneficia realmente las políticas de Ciencia, Tecnología e Innovación a nivel planetario?

Walter Mignolo señala al respecto una observación muy interesante:

El 8% está [pre]ocupado, pero son otras sus preocupaciones: cómo sacar ventajas de la crisis; acentuando sus costados más trágicos, de manera tal que los diseños y las palabras que prometen y anuncian lo positivo del porvenir deban formularse de una manera que suene a genuina preocupación por “el mundo” [...] el Gran Reinicio es un conjunto de enunciaciones y diseños forjados en el 8% para el 21% de un vuelco de la economía hacia el sector tecnológico[...] no es un reinicio para mejorar al 71%, sino para el 30%.(2020, p. 3).

Es así que una de las principales funciones de las humanidades pasa por derribar las falsas identificaciones de relación intrínseca entre ciencia y técnica o desarrollo científico-técnico y civilización. Se puede preguntar al respecto: ¿Qué implica el



dominio de la técnica? ¿Civilización para quienes? Como antaño del antiguo dios esperamos que la ciencia nos salve, pero confundimos ciencia con tecnología y desterramos de la ecuación a las humanidades, asegura Carrasco-Conde (2020).

La eficiencia no se consigue únicamente con la mera técnica, el control y la obediencia ciega. Esto es solo un modo y no el mejor. La ciencia proporciona conocimiento necesario e imprescindible sobre nuestro mundo y desde ella también las humanidades pueden ser enriquecidas, siempre y cuando, en equilibrio, la técnica vuelva a ser lo que era: pericia (techne) a través de la cual adaptamos el entorno para nuestra supervivencia, pero no a costa de él ni a costa nuestra. La tecnología convertida en infraestructura del sistema neoliberal ha fagocitado a la ciencia y casi eliminado a las humanidades. Es preciso por ello encontrar el contrapeso que la devuelve a su función: la técnica ha de estar a nuestro servicio y no el ser humano al suyo. (Carrasco-Conde, 2020, p. 381).

La autora insiste que ni nos salvará la ciencia ni el grado de civilización depende del progreso relacionado con la historia de los descubrimientos e invenciones. Lo que está en juego afirma es la configuración de un modo de estar en el mundo, un modo de tratarnos a nosotros mismos, a los seres vivos y a nuestro entorno, de utilizar la tecnología y la ciencia como herramientas de cuidado del nosotros, que somos seres biológicamente entrelazados.

En este cometido, ciencia y humanidades han de trabajar conjuntamente. Las humanidades sirven para desarmar la tecnología y guiar los derroteros de la ciencia hacia la necesaria aceptación de nuestra vulnerabilidad e interdependencia.

Las humanidades son el contrapeso de la ciencia: aquellas que le proporcionan la mirada necesaria para que no pierda perspectiva. Las que dan medida de lo humano. Las que muestran los sueños alcanzables y señalan lo que puede convertirse en pesadilla. La ciencia sin las humanidades está vacía y la tecnología, ciega. Al mismo tiempo, las humanidades se enriquecen con las ciencias. Es el equilibrio que hay que lograr. ¿Para qué la ciencia si no hay seres humanos? ¿Para qué el desarrollo y evolución si no es para su cuidado? Las humanidades son aquello que nos salvaguarda de la tecnología más ciega y peligrosa: la que aparta lo humano para darle el protagonismo a la técnica misma. Si bien la ciencia tiene un objetivo, el sentido de su búsqueda han de proporcionárselo las humanidades, haciendo visible el punto de partida: la frágil condición humana. Y eso es precisamente lo que enseñan la literatura, la historia, las artes y la filosofía. Proporcionan valor frente a la utilidad, sentido frente a los objetivos, cuestionamiento de certezas frente a la repetición irreflexiva de los dogmas de la eficiencia [...]. (Carrasco-Conde, 2020, p. 384).

Hacia la utopía de otra normalidad trasmoderna

Tras casi dos años de pandemia, actualmente las cifras de contagios y fallecidos en el mundo parecen ir en franca decadencia, luego de la inmunización masiva. Por su parte, la tendencia de la reflexión filosófica global gira en torno a la definición del rol del intelectual en contextos de crisis; la revisión de diversos temas que van desde las diferencias en el tratamiento del avance del COVID-19 en países europeos y asiáticos, la consideración de un mundo pos pandémico catastrófico y al borde del colapso, la vuelta de un capitalismo mucho más voraz, o el advenimiento de una nueva era en la que la vigilancia digital tendrá prioridad absoluta.

Sin embargo, en países como Paraguay nos hemos concentrado en algo más básico y vital: intentar sobrevivir en condiciones de aislamiento. Con una economía cuya informalidad supera el 65%, las varias semanas de confinamiento absoluto en el 2020 han mostrado la precariedad de una sociedad desigual al extremo y de una administración estatal corroída por la corrupción y con grandes déficits en políticas públicas de educación y salud. Pero, sobre todo, ha desnudado la realidad de un país con



bases productivas escasamente industriales, concentradas principalmente en la producción cárnica y el monocultivo a gran escala.

Ante un Estado incapaz de responder a las demandas sociales, el hambre se apoderó de grandes sectores de la sociedad paraguaya, mientras los precios de la canasta básica se siguen disparando por las nubes pues, entre otras cosas, la mayoría de los alimentos (sobre todo los frutihortícolas) son importados.

Como es sabido, el 80% de nuestro suelo cultivable está cubierto de soja transgénica destinada a la exportación, al igual que se exporta el 99,6% de los cerca de 2 millones de animales faenados por año, cuya producción mayoritaria está concentrada en manos del 3% de los grandes propietarios según recientes informes de Base-IS (2017).

En estas condiciones y ante un subsidio estatal que llegó tímidamente a los sectores más precarizados, una administración gubernamental que centró sus recursos en tratar de mejorar las infraestructuras sanitarias abandonadas a su suerte durante décadas y en cuyo proceso saltaron a la palestra innumerables denuncias de corrupción y desvío de fondos, fruto de la solidaridad “de los de abajo”, cientos de ollas populares alimentaron –y siguen alimentado hoy– a miles de compatriotas a lo largo y ancho de la república, evitando una explosión social generalizada con consecuencias devastadoras, probablemente mayores que el peligro de un contagio masivo.

Mientras en otros sectores de la sociedad se promocionaron el teletrabajo, los ejercicios en casa o las sesiones de yoga por Zoom “todo un modo de explotación laboral a distancia” como afirmaba Žižek (2020), en el horizonte de la mayoría y ante el asombro del colibrí, el virus dejó al descubierto la situación de precarización laboral extrema, los sistemas de salud pública hechos añicos y las enormes desigualdades de conectividad y acceso a las tecnologías, la corrupción estatal sistemática y la necesidad de una urgente reestructuración social.

Pero para soñar con la utopía de la transformación efectiva de la realidad, a la que nos invita a hacernos cargo el colibrí, las luchas sociales seguirán siendo indispensables. Porque el nuevo mundo no surgirá por sí solo tras la pandemia, sino que será el fruto de las luchas sociales que se establezcan contra los poderes dominantes que querrán volver a la antigua normalidad de las desigualdades permanentes.

La sensación de inminente colapso (la *sensación* de que el virus no discrimina entre ricos y pobres), podría ser un primer aliciente para las élites, incitándolas a iniciar tíbicamente el necesario camino de transformación de las estructuras políticas y económicas en regiones del planeta que lo necesitan con urgencia.

Pero su puesta en práctica efectiva precisará una organización, una conciencia y una presión ciudadana que atienda una democracia cada vez más participativa y menos representativa, porque, en una cosa parece que coincidimos casi todos finalmente: la necesidad del Estado como aquella institución que garantiza el acceso a servicios públicos básicos y de calidad (como salud, educación o seguridad social).

En la tarea de pensar la relación Estado/mercado y la transformación necesaria de las instituciones en tiempos de COVID-19, nos debatimos, una vez más, entre el postulado del “Estado mínimo” de los neoliberales, la “disolución del Estado” de los anarquistas, y la de un Estado autoritario, actualmente sustentado en una vigilancia digital que no pocos analistas ven con buenos ojos, sobre todo en tiempos de violencia y crisis.



Pero, siguiendo a Dussel (1998) podría decirse que, en realidad, más que ante el debate teórico anterior, hoy más que nunca nos encontramos ante un debate que se bifurca en dos caminos: un dilema ético de afirmación de la vida en comunidad, y un sistema económico moderno, necrofílico, individualista y neoliberal, cuyo verdadero rostro se destapa sin tapujos en tiempos de crisis, como el de la pandemia actual que afecta al planeta.

Si queremos vivir en otro mundo ecológicamente sostenible y humanamente no excluyente, la apuesta postpandémica, necesariamente tendrá que ser por la transformación estructural de las instituciones desde una crítica del proyecto moderno y las ideologías que oculta.

Desde un filosofar como ejercicio utópico, entendido como la articulación entre lo insoportable y lo deseable que nos lleva a la acción, habrá que recuperar la dimensión política imprescindible de la utopía y pensar la pandemia en el contexto de un sistema que, desde mucho antes amenaza y destruye continuamente los lazos de las relaciones humanas inficionando de fatalismo la realidad social y de individualismo extremo la subjetividad.

Habrà que pensar los postulados ético-políticos, económicos, culturales, tecnológicos y un sinnúmero de etcéteras para una modernidad alternativa (Echeverría, 2011) o una definitiva transmodernidad (Dussel, 2009) con objetivos realizables, paso a paso, en el aquí y en el ahora que conduzcan a una visión de la política como ejercicio público colectivo de construcción imaginativa de otra vida trans-capitalista, desde la plena reivindicación del “derecho a desear lo imposible, no como descalabro de patología psíquica, sino como ejercicio de salud integral: corporal indispensable”. (Cerutti-Guldberg, 2015, p. 39).

Es la idea expresada muy bien expresada por Dussel (2020) y que se suscribe:

Creemos que estamos viviendo por primera vez en la historia del cosmos, de la humanidad, los signos del agotamiento de la modernidad como última etapa del Antropoceno, y que permite vislumbrar una nueva edad de mundo, la Transmodernidad, en la que la humanidad deberá aprender, a partir de los errores de la modernidad, a entrar en una nueva edad del mundo. Donde, partiendo de la experiencia de la necro-cultura de los últimos cinco siglos, debemos ante todo afirmar la Vida por sobre el capital, por sobre el colonialismo, por sobre el patriarcalismo y por sobre muchas otras limitaciones que destruyen las condiciones universales de la reproducción de esa vida en la Tierra. Esto debiera ser logrado pacientemente en el largo plazo del siglo XXI que solo estamos comenzando [...] (Dussel, 2020).

CONCLUSIÓN

En las líneas anteriores se ha pretendido mantener una aproximación crítica a los postulados fundamentales de la política de Ciencia Tecnología e Innovación (CTI) en nuestro país, al mismo tiempo en que se ha intentado reflexionar sobre el rol de las humanidades en este proceso de innovación técnica y científica del mundo contemporáneo.

Mientras la llamada mundial generalizada es la de pasar a una “nueva normalidad” en la que el distanciamiento físico y el uso obligatorio de mascarillas parecen ser las primeras reglas básicas de la “nueva convivencia”, son al mismo tiempo las reglas que más se rompen por doquier, fruto quizá del hastío o la falta de conciencia.

Pensar las políticas de CTI en este contexto obliga a decidirse entre la aceptación de la imposición de una vigilancia digital totalitaria o la conciencia ciudadana de un mutuo control; entre el aislamiento nacionalista o la solidaridad global en tiempos en que razón y emoción no reconocen fronteras bien definidas.



Entre varias lecciones, la pandemia demuestra que más allá de la necesaria inversión técnica, es urgente también invertir en fortalecer la democracia y los derechos humanos, en el cuidado del ecosistema, el combate al racismo, la xenofobia y la exclusión. De lo contrario, será inevitable asistirá nivel planetario al definitivo levantamiento de miles de ciudadanos indignados contra diversos centros de poder acusados de una mala gestión de la pandemia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andino, C. (2019). *Logos Guaraní. Apuntes de pensamiento ético-político paraguayo*. Asunción: CEADUC.
- Cadogan, L. (1997). *AyvuRapyta; textos míticos de los Mbyá-Guaraní del Guairá*. Asunción: Fundación León Cadogan/CEADUC/ CEPAG.
- Carrasco-Conde, A. (2020). “Humanizar la tecnología: ciencias y humanidades frente a la pandemia”. En: Tomás Cámara, Dulcinea (comp.). *Covidosophía. Reflexiones filosóficas para el mundo postpandemia*. Barcelona: Paidós.
- Cerutti-Guldberg, H. (1975). “Propuesta para una filosofía política latinoamericana”. *Revista de Filosofía Latinoamericana: Liberación y Cultura*, (1), enero-junio, pp. 51-59.
- Cerutti-Guldberg, H. (2015). *Posibilitar otra vida trans-capitalista*. México: Universidad del Cauca/UNAM.
- CONACYT. (2017). *Política Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación. 2017-2030*.
- CONACYT. (2017). *Libro blanco de los lineamientos para una Política de Ciencia, Tecnología e Innovación en Paraguay*.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*. Madrid: Editorial Trotta.
- Dussel, E. (2009). *Política de la liberación II. Arquitectónica*. Madrid: Editorial Trotta
- Dussel, E. (2020, 4 de abril). *Cuando la naturaleza jaquea la orgullosa modernidad. La jornada*. Recuperado de www.jornada.com.mx/2020/04/04/opinion/008a1pol
- Echeverría, B. (2011). *Crítica de la modernidad capitalista*. Bolivia: Oxfam/Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Hegel, G. W. F. (1993). *Fundamentos de la filosofía del derecho*. Madrid: Editorial Libertarias.
- Mignolo, W. (2020). “Detrás de la escena: los signos del cambio de época”. En: Tomás Cámara, Dulcinea (comp.). *Covidosophía. Reflexiones filosóficas para el mundo postpandemia*. Barcelona: Paidós.
- Palau, M. (Coord.) (2017). *Con la soja al cuello. Informe sobre agronegocios en Paraguay*. Asunción: BASE-IS.
- PND. (2014). *Plan Nacional de Desarrollo Paraguay 2030*.
- Roig, A. A. (1973). “Bases ideológicas para el tratamiento de las ideologías”. En Ardiles ed. al. *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana*. (pp. 217-244). Buenos Aires: Editorial Bonum.
- Sábato, J. et Fontana, N. (1968). *La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (2020). *El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill...En. Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias. Buenos Aires: ASPO, pp. 21-28*. Recuperado de: <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>